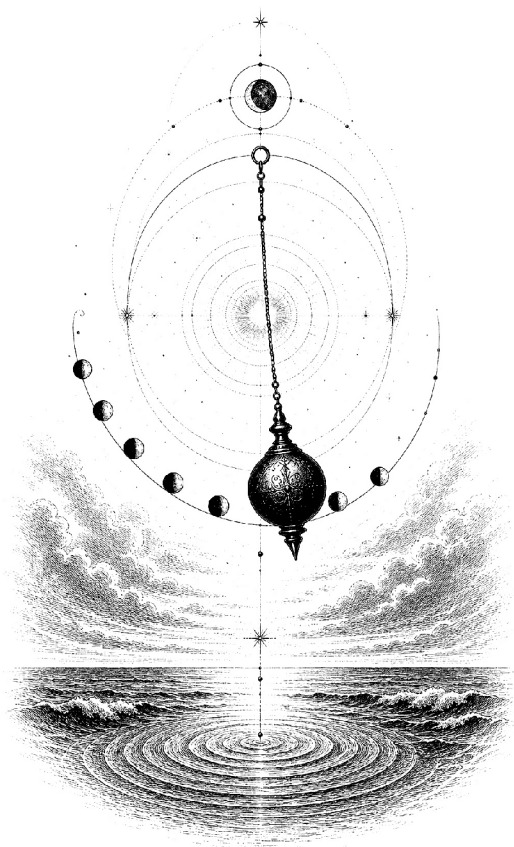


CAPÍTULO V

EL TIEMPO DEL PÉNDULO

EL PRINCIPIO DE RITMO



Todo fluye, hacia fuera y hacia dentro;
todo tiene sus mareas;
todas las cosas ascienden y descienden;
el movimiento del péndulo se manifiesta en todo: la
medida de la oscilación hacia la derecha es la
medida de la oscilación hacia la izquierda;
todo ritmo tiende a la compensación.

El Kybalion

El huerto tiene sus dos tiempos, que se entrelazan
y se suceden año tras año. Son el tiempo de los
manzanos y el tiempo de los perales. [...]

En el año de los manzanos, los árboles extraen de
la tierra las aguas vitales de los ríos
subterráneos, que poseen el poder del cambio y del
movimiento. En esas aguas habita el impulso de
abrirse paso, crecer y extenderse.

En el año de los perales todo es distinto. El
tiempo de los perales consiste en extraer dulces
jugos de los minerales y unirlos lenta y
suavemente, en las hojas, con los rayos del sol.
Los árboles detienen su crecimiento y saborean la
dulzura de la vida. Sin movimiento, sin desarrollo.
El huerto parece entonces inmutable. [...]

Olga Tokarczuk, *Prawiek i inne czasy*⁵⁰¹

— ● —

El cuarto principio, el de polaridad, muestra un
mundo compuesto de opuestos aparentes, lleno de
paradojas, tensiones y sorprendentes giros de la
trama. El quinto completa esa imagen al describir el

movimiento de los contrarios en el espacio y el tiempo. Este capítulo, «El tiempo del péndulo», nos conduce al principio de ritmo. Según su formulación:

Todo fluye, hacia fuera y hacia dentro;

todo tiene sus mareas;

todas las cosas ascienden y descienden;

el movimiento del péndulo se manifiesta en todo: la medida de la oscilación hacia la derecha es la medida de la oscilación hacia la izquierda;

todo ritmo tiende a la compensación.

Este principio describe los ritmos de transformación de cuanto existe. Las flores se abren y se marchitan; las montañas, estrellas, planetas, personas, animales y plantas se forman y desaparecen. Nacimiento y muerte delimitan sus historias. Podemos reconocer la imagen del ritmo en las mareas, en la aparición y extinción de especies, en el auge y la caída de imperios y civilizaciones, en la alternancia del sueño y la vigilia, de pensamientos favorables y adversos, de éxitos y fracasos. Son procesos diferentes, no expresiones demostradas de un único mecanismo periódico.

Para comprender esa naturaleza rítmica de la existencia, debemos prestar atención al movimiento y dejarnos alcanzar por él. Ya lo sentimos al recorrer el Tiempo de los Contrastes, cuando seguimos la lucha de los opuestos y giramos en el enorme carrusel del cosmos. Ahora nos sumergiremos en las olas de la vida y la muerte y escucharemos el pulso del universo en nosotros mismos, en busca de las huellas del quinto principio.

AL COMPÁS DE MUCHOS TAMBORES

El movimiento y el ritmo nos acompañan desde el principio: el latido del corazón, la inspiración y la espiración, el día y la noche, la vigilia y el sueño, el sonido y el silencio. Alegría y tristeza, salud y enfermedad también forman parte de nuestra experiencia, aunque no se alternen con un periodo fijo ni una compensación obligatoria. Nuestros relojes biológicos se coordinan con señales internas y externas y van cambiando a lo largo de la vida. En la lectura hermética, el quinto principio enlaza el Reino de la Música –la vibración– con el Tiempo de los Contrastes –la polaridad– y describe el compás de la danza de los opuestos. Es como si el cuarto principio se pusiera en movimiento.

La existencia es un proceso; la vida es un proceso. Lo único constante, en esta forma de contemplarla, es el cambio. Panta rhei, «todo fluye», resume la visión que asociamos a Heráclito, aunque las fórmulas populares sobre el cambio no siempre sean citas literales conservadas. El cosmos no solo permanece: acontece, se transforma, está haciéndose. Nuestra aparición también forma parte de ese acontecer y participamos de sus movimientos. El viaje por el Tiempo del Péndulo nos invita a reconocer ritmos dentro y fuera de nosotros y a orientarnos en el punto de nuestra vida en que nos encontramos. Magos, alquimistas y otros hermetistas estudiaban este principio con la intención de acompañar sus ritmos interiores con la danza cósmica.

Nada permanece inmóvil: los seres cambian, y cada cambio tiene un tiempo y una cadencia. Ese es el sentido que buscamos en el quinto principio. Seguiremos las regularidades de lo que aquí llamamos «la respiración eterna del Absoluto»: los grandes ciclos cósmicos y culturales, los procesos físicos, el

funcionamiento del cuerpo, la vida psíquica y los pequeños sucesos cotidianos. El «pulso del universo» es nuestra imagen de esa trama que nos lleva de un extremo a otro; no presupone que todas sus partes obedezcan al mismo reloj.

EL PÉNDULO CÓSMICO DE MONSIEUR FOUCAULT

Las regularidades que estudia la ciencia pueden ponerse en diálogo con imágenes del Kybalion o de la Tabla Esmeralda.¹ A veces parece que la humanidad se cuenta una misma historia en dos lenguajes: el del mito y el de las matemáticas, el del alma y el de la razón. La afinidad no convierte un texto hermético en un tratado de física. En los viajes anteriores exploramos la espuma cuántica y las supercuerdas como propuestas teóricas, la dualidad onda-partícula y las relaciones entre materia oscura y energía oscura, sin confundir esos conceptos con contrarios morales. Contemplamos también galaxias, ciclos estelares y planetarios y ritmos de la vida terrestre. Vimos cómo la mente busca orden en el caos exterior —mediante el conocimiento— y en el interior —mediante la maduración—. Ahora descenderemos a los laberintos del alma, a nuestros miedos, sueños e imágenes. Allí las cosas son móviles, ambiguas y difíciles de fijar. La semejanza con ciertos desconciertos de la física cuántica es literaria: no demuestra que la psique funcione por el mismo mecanismo. Recorreremos esos espacios donde pensamientos, asociaciones, fragmentos de memoria e imágenes parecen surgir de «ninguna parte» para volver al olvido.

Somos parte de esa dinámica: una gota en el agua, o quizá una corriente de conciencia dentro de la corriente de los acontecimientos. Vivimos en el tiempo además de en el espacio. La imagen de Heráclito del